

tro en una habitacion completamente negra, con una ventana incalificable á mi izquierda.

Llamo:

—*Eh! no hay nadie?*

Nadie contesta.

Toco á tientas la pared y encuentro una puerta, la empujo y se abre.

Y vuelvo á encontrar otra habitacion sombría, con una luz en el fondo y una puerta entreabierta.

Me acerco á la puerta y miro.

Aquí comienza lo espantoso.

En una sala oblonga y muy vasta, sostenida en el centro por dos pilares, alrededor de una larga mesa, débilmente iluminada por velas colocadas de trecho en trecho, estaban sentados cuerpos de formas singulares.

Eran séres pálidos, graves y amodorados.

El sitio de preferencia de la mesa, al que estaba yo más inmediato, lo ocupaba una mujer grande, descolorida, cubierta con una gorra adornada con un enorme penacho negro. A su lado estaba un jóven de diez y siete años, lívido y sério, envuelto en una inmensa bata rameada, con un gorro de seda negro echado hácia los ojos. Al lado del jóven, un viejo de rostro verde, cuya cabeza llevaba tres pisos de cubiertas; primer piso, un gorro de algodón; segundo piso, un pañuelo de seda; tercer piso, un sombrero.

Despues se escalonaban de silla en silla cinco ó seis cascanueces de Nuremberg vivientes, grotescamente engalanadas y hundidas en inmensos sillones de feltro, caras pintadas de hollin con ojos de esmalte.

Lo restante de la larga mesa estaba desierto, y el mantel, blanco y desnudo como un sudario, se perdía en la sombra en el fondo de la sala.

Cada uno de estos singulares convidados tenia delante una taza blanca y algunos vasos de forma inusitada en un platillo.

Ninguno de ellos decia palabra.

De vez en cuando y con el más profundo silencio llevaban á sus labios la taza blanca, en la que humeaba un licor negro que bebían gravemente.

Comprendí que estos espectros tomaban café.

Despues de haber reflexionado y juzgando que era llegado el momento de producir un efecto cualquiera, empujé la puerta entreabierta y entré valientemente en la sala.

Nada; ningún efecto.

La gran mujer cubierta como un rey de armas fué la única que volvió la cabeza, me miró fijamente con el blanco de los ojos y volvió otra vez á beber su filtro.

Pero ni una palabra.

Los otros fantasmas ni aun me miraron.

Algo desconcertado, con el gorro en la mano, dí tres pasos hácia la mesa, y dije, siempre temiendo faltar al respeto á ese castillo de Udolfo:

—Señores, es esto una posada?

El viejo triplemente cubierto produjo una especie de gruñido inarticulado, que cayó pesadamente en su corbata. Los otros no se movieron.

Te confieso que entonces perdí la paciencia y me puse á gritar como un energúmeno:

—*Hola! eh! posadero! tabernero! ¡por todos los diablos! hostelero! mozo! ¡no hay nadie! Kellner!*

Yo habia cogido al vuelo en mis idas y venidas por el Rhin esta palabra *Kellner*, sin saber el sentido, pero la habia encerrado cuidadosamente en un rincon de mi memoria, abrigando una vaga idea de que podria serme útil.

En efecto, á este grito mágico ¡*Kellner!* se abrió una puerta en la parte tenebrosa de la caverna.

*Sésamo, ábrete!* no habria producido mejor resultado.

Esta puerta se volvió á cerrar despues de haber dado paso á una aparicion que vino en línea recta hácia mí.

Era una jóven bonita, pálida, con los ojos fatigados, vestida de negro, llevando en la cabeza un peinado extraño, que tenia la forma de una enorme mariposa negra, colocada de plano en la frente y con las alas abiertas.

Tenia además una ancha tira de seda negra rollada alrededor del cuello, como si ese gracioso espectro hubiese tenido que ocultar la línea roja y circular de María Estuardo y María Antonieta.

—*Kellner?* me dijo.

Yo respondí con intrepidez:

—*Kellner!*

Cogió un candelero y me hizo seña de que la siguiese.

Volvímos á recorrer las habitaciones por donde yo habia pasado, y en medio de la primera, en un banco de madera, me mostró con una sonrisa un hombre durmiendo el sueño de los justos y con la cabeza colocada sobre mi saco de noche.

Muy sorprendido de este último prodigio, desperté bruscamente al hombre; la jóven y él cambiaron algunas palabras en voz baja, y dos minutos despues nos encontrábamos, mi saco de noche y yo, muy confortablemente instalados en una habitacion excelente, con cortinas blancas como la nieve.

Estaba en el *hotel de la Cour de Zähringen*.

Hé aquí ahora la explicacion de este cuento de Ana Radcliffe.

En la aduana de Kehl el conductor del correo de Baden, habiéndome oído hablar latin (no sin barbarismos) con un digno pastor que regresaba á Zurich, y español con un coronel Duarte que vá por la Saboya á reunirse con D. Carlos, habia deducido que sabia el aleman, y no se habia ya preocupado por mí. En Freiburg el *kellner*, es decir, el factotum del hotel de Zähringen, esperaba el coche-correo á su llegada, y el conductor, al desembarcar, me habia señalado á mí sin yo saberlo, diciéndole: *Este viajero es para tí*, y le habia entregado mi saco de noche, mientras yo andaba distraído en medio de los alemanes. El *kellner*, creyéndome advertido, habia tomado la delantera con mi saco y habia ido á esperarme al hotel, en cuya sala baja se habia quedado dormido. Adivina lo demás.

Hay, sin embargo, en la aventura un azar de gran belleza, y es que al salir por la puerta eché por la derecha y no por la izquierda. Dios es grande.

Los espectros impasibles que bebían café eran buenamente viajeros de la diligencia de Francfort á Ginebra, que aprovechaban la hora de descanso que el coche concede al amanecer; buenas gentes, vestidas con exageracion á lo aleman, que me parecían extrañas, y á las cuales yo debia parecer absurdo. La jóven era una bonita criada del hotel de Zähringen. La gran mariposa negra era el peinado del país. Peinado gracioso. Anchos lazos de seda negra ajustados en escarpela sobre la frente, cosidos á un casquete igualmente negro, alguna vez bordado de oro en su punta, detrás del cual los cabellos caen en la espalda, formando dos largas trenzas. Los dos extremos de la espesa corbata negra, que es tambien una moda local, caen igualmente detrás de la espalda.

Serian las siete de la tarde de ayer cuando salí de Estrasburgo. La noche se aproximaba cuando pasé por el Rhin en Kehl, por el puente de barcas. Al tocar

la otra orilla, el correo se detuvo y los aduaneros de Baden comenzaron su faena. Yo entregué mis llaves y me fuí á mirar el Rhin á la luz del crepúsculo. Esta contemplacion me entretuvo el tiempo que la Aduana empleó en revisar los baules, y me ahorró el disgusto de ver lo que mi compañero el arquitecto me ha referido que hicieron con una pobre actriz que iba á Carlsruhe; los aduaneros se divirtieron en atormentarla, haciéndole pagar diez y siete sueldos por un *miriñaque* de indiana no ribeteado, y sacando de su cofre todos sus oropes y todas sus pelucas, con gran confusion de la pobre jóven.

El Munster de Freiburg, en altura aproximadamente, vale tanto como el Munster de Estrasburgo. Tiene, con dibujo diferente, la misma elegancia, la misma valentía, la misma inspiracion, la misma masa de piedra mohosa y sombría, taladrada aquí y allá de agujeros luminosos de todas formas y tamaños. El arquitecto del nuevo campanario de hierro de Rouen dicen que ha tomado como modelo el campanario de Freiburg. Ay de mí!

Hay otros dos campanarios en la catedral de Freiburg, que son romanos, pequeños, bajos, severos, con arcos de medio punto y festones bizantinos, y están colocados, no como de ordinario á los extremos del crucero, sino en los ángulos que forma la interseccion de la nave pequeña con la grande. En cierto modo el Munster está igualmente independiente de la iglesia, aunque adherido á ella. Está construido á la entrada de la gran nave, sobre un pórtico casi romano, lleno de estatuas pintadas y doradas, que llaman la atención. En la plaza de la iglesia hay una bonita fuente del siglo diez y seis y delante del pórtico tres columnas de la misma época, que sostienen la estatua de la Virgen entre las dos figuras de San Pedro y San Pablo. Al pié de estas columnas el pavimento dibuja un laberinto.

A la derecha, la sombra de la iglesia resguarda en la misma plaza una casa del siglo quince, de techumbre inmensa, con tejas de color, de tejadillos con escaleras, flanqueada de dos torrecillas puntiagudas, sostenidas por cuatro arcadas agujereadas de preciosos huecos, cargada de blasones iluminados, con balcon adornado en el primer piso, y entre las ventanas cruzadas de ese balcon cuatro estatuas pintadas y doradas, que representan á Maximiliano I, emperador; á

Felipe I, rey de Castilla; á Carlos V, emperador, y á Fernando I, emperador. Este admirable edificio sirve para no sé qué uso de poca monta municipal y civil, y lo han revocado de rojo. Por este lado del Rhin todos los revoques son rojos. Arreglan sus iglesias como los salvajes del mar del Sur arreglan sus rostros.

El Munster afortunadamente no está revocado. La iglesia está enlucida de un baño gris, lo que es semi-tolerable cuando se piensa que habrían podido pintarla de color de remolacha. Los vidrios, que se conservan casi todos, son de maravillosa belleza. Como la flecha ocupa en la fachada el lugar del gran rosetón, los lados inferiores terminan en dos rosetones medianos encerrados en triángulos, que producen el efecto más misterioso y más encantador. El púlpito, gótico brillante, es soberbio; la cubierta que se le ha añadido es miserable. Los púlpitos de esta clase no tienen modelos. Esto es lo que los fabriqueros de las iglesias deberían saber antes de desordenar á su capricho estos bellos edificios. Toda la parte baja del templo es romana, como asimismo las dos portadas laterales, de las cuales una, la de la derecha, está cubierta por un pórtico del Renacimiento. No hay nada más curioso, á mi modo de ver, que estos encuentros del estilo romano y del estilo del Renacimiento; la arquivolta bizantina tan austera, la arquivolta neo-romana tan elegante, se abordan y se compenetrán, y como las dos son fantásticas, esta base común las pone en armonía y hace que se toquen sin chocarse.

Un cordón de arcadas romanas ligadas orla por los dos lados la parte baja de la gran nave. Cada uno de los capiteles merecería ser dibujado aparte. El estilo romano es más rico en capiteles que el estilo gótico.

Al pié de una de esas arcadas yace un duque Bertoldo, muerto en 1218 sin posteridad y enterrado debajo de su estatua; *sub hac statua*, dice el epitafio. *Hæc statua* es un gigante de piedra de largo tallo, recostado sobre el muro, en pié sobre el pavimento, esculpido con la forma siniestra del siglo doce, y que mira á los que pasan con aire amenazador. Debíó de ser un terrible comendador. A mí me alarmaría si le oyese subir una noche mi escalera.

Esa gran nave, oscurecida por los vidrios, está toda pavimentada de piedras tumulares, en las que verdea el musgo;

se gastan con los tacones los blasones cincelados y las caras severas de los caballeros del Brisgaw, altivos hidalgos que en otro tiempo no hubiesen tolerado sobre sus rostros la mano de un príncipe y ahora sufren el pié de un boyero.

Antes de entrar en el coro es preciso admirar dos pórticos exquisitos del Renacimiento, situados uno á derecha y otro á izquierda en los brazos del crucero; luego en una capilla con verja, en el fondo de una reducida cueva dorada, se entrevé un horroroso esqueleto vestido de brocado de oro y de perlas, que es San Alejandro Mártir; despues dos lúgubres capillas, igualmente enverjadas y que se miran, te detienen: la una está llena de estatuas; es la Cena, Jesús, todos los Apóstoles, el traidor Judas; la otra no contiene más que una figura; es el Cristo en el sepulcro; dos fúnebres páginas, que una concluye la otra, el anverso y el reverso de ese maravilloso poema que se llama la Pasion. Dos soldados dormidos están esculpidos en el sarcófago del Cristo.

El sacristan se ha reservado el coro y las capillas del ábside. Se entra, pero se paga, aunque si he de decir verdad, no se siente el dinero que se dá. Este ábside, como los de Flandes, es un museo, y un museo variado. Encierra trabajos de orfebrería bizantina, de carpintería brillante, telas de Venecia, tapicería de Persia, cuadros que son de Holbein y joyas de cerrajería que podrian ser de Biscornette. Las tumbas de los duques de Zæhringen, que están en el coro, tienen preciosas lápidas noblemente esculpidas; las dos puertas romanas de los campanarios pequeños, de las cuales una tiene festones, son muy curiosas; pero lo que sobre todo admiré fué, en una capilla del fondo, un Cristo bizantino, de cerca de cinco piés de alto, traído de Palestina por un obispo de Freiburg. El Cristo y la cruz son de cobre dorado, realzado con piedras brillantes. El Cristo, cuya hechura pertenece á un estilo bárbaro, pero poderoso, está vestido con una túnica ricamente adornada. Un gran rubí no tallado figura la llaga del costado. La estatua de piedra del obispo, pegada á la pared vecina, lo contempla con admiración. El obispo está de pié; tiene el rostro altivo y poblado de barbas, la mitra en la cabeza, el báculo en la mano, la coraza en el vientre, la espada al lado, las botas de hierro en las piernas y el pié colocado sobre un león. Es magnífico.

## CARTA XXXII.

### Basilea.

Paisajes.—Perfil de los compañeros de viaje del autor.—Precio-so traje de las jóvenes.—Lo que puede dirigir un filósofo.—El lector vé pasar parte del Bosque Negro.—Basilea.—El hotel de la Cigüña.—Teoría de las fuentes.—Tumba de Erasmo.—Otras tumbas.

### Basilea 7 Setiembre.

Querido amigo: Ayer á las cinco de la mañana dejé Freiburg. Al medio día entraba en Basilea. El camino que recorro lo encuentro cada día más pintoresco. He visto salir el sol. Hacia las seis agujereó poderosamente las nubes, y sus rayos horizontales fueron en lontananza á hacer surgir en el horizonte las jorobas monstruosas del Jura. A la verdad eran jorobas formidables. Se conoce que son las últimas ondulaciones de esas enormes olas de granito que se llaman los Alpes.

El cupé de la diligencia badense estaba tomado, y el interior estaba compuesto del modo siguiente: un bibliotecario alemán, que estaba contrariado por haber olvidado la blusa en una posada del monte Rigi; un viejecillo vestido como en el tiempo de Luis XV, que se burlaba de otro viejo que llevaba un traje de petimetre de la época del Directorio, que me hacia el efecto de Ellevion en viaje, y que le preguntaba *si habia visto el pais de los Grisonos*; y, en fin, un comerciante comisionista que declaraba, desternillado de risa, que no habia podido colocar las muestras que llevaba y habia hecho el viaje (*en vins*) en vano, el cual llevaba unas patillas como las que dejan á los perros de agua recién esquilados.

Al ver esto me decidí á subir al imperial.

Hacia bastante frio é iba solo.

Las jóvenes de este lado del Alto-Rhin llevan un traje precioso, que se compone de ese peinado con lazos de que ya te he hablado, un zagalejo oscuro con gruesos pliegues bastante corto y una chaqueta de hombre, de paño negro, con pedazos de seda encarnada imitando los cortes y sesgaduras cosidos al talle y á las mangas. Algunas en lugar de lazos llevan un pañuelo encarnado atado á manera de fichú por debajo de la barba, con lo cual están encantadoras. Sin embargo, esto no impide que se suenen con los dedos.

No he subido al campanario. Freiburg está dominado por una gran colina, casi montaña, más alta que el campanario. Preferí subir á la colina, y la molestia que esto me ha ocasionado ha sido pagada ofreciéndome un delicioso paisaje. En el centro, á mis piés, la negra iglesia con su aguja de doscientos cincuenta piés de alto; rodeándolo todo, los tejadillos de la ciudad, los techos con veletas, sobre los cuales las tejas de color dibujan arabescos; aquí y allí, entre las casas, algunas viejas torres cuadradas de la antigua muralla; más allá de la ciudad una inmensa llanura de terciopelo verde festoneada de bardas, sobre la cual el sol hace relucir las vidrieras de las chozas como zequies de oro; árboles, viñas, caminos que se pierden; á la izquierda, una altura cubierta de árboles que en la forma recuerda el cuerno del duque de Venecia, y por horizonte quince leguas de montañas. Habia llovido todo el día; pero cuando llegué á lo alto de la colina el cielo se aclaró, y un inmenso arco de nubes se ha redondeado por encima de la sombría flecha, toda inundada por los rayos del sol.

Al ir á bajar distinguí un sendero que se hundia entre dos murallas de roca cortadas á pico. Seguí este sendero, y cuando habia dado algunos pasos me encontré bruscamente como en la ventana del otro valle, completamente distinto del de Freiburg. Se creeria uno estar á cien leguas de distancia. Es un valle sombrío, estrecho, lúgubre, con algunas casas apenas entre los árboles y cerrado por todas partes entre altas colinas. Un pesado cielo raso de nubarrones se apoyaba sobre las cimas, que á intervalos presentaban las montañas como un techo colocado sobre almenas; y por los huecos de las colinas, como por las aberturas de una torre enorme, veia el cielo azul.

A propósito; en Freiburg he comido truchas del Alto-Rhin, que son excelentes peces y muy bonitos; azules, manchados de rojo.

Serian las ocho de la mañana, y en un sitio salvaje y propio para fantasear vi un señor de edad venerable que llevaba chaleco amarillo, pantalon gris, levita gris, un vasto sombrero redondo, un paraguas debajo del brazo izquierdo y un libro en la mano derecha. Leía atentamente. Lo que me inquietó es que llevaba un látigo en la mano izquierda. Además, oí detrás de la maleza que orillaba el camino unos gruñidos singulares. De repente la maleza presentó un claro y reconocí que este filósofo conducía una piara de cerdos.

El camino de Freiburg á Basilea corre á lo largo de una magnífica cadena de colinas, ya bastante altas para estorbar la marcha de las nubes. De vez en cuando se encuentra en el camino un carro tirado por bueyes y guiado por un aldeano cubierto con un gran sombrero, cuyo ridículo adorno recuerda la Baja-Bretaña; ó un carretero arrastrado por ocho mulos; ó un abeto convertido en un largo madero que transportan á Basilea sobre dos pares de ruedas, las que une á manera de guion; ó una anciana puesta de rodillas al pié de una vieja cruz esculpida. Dos horas antes de llegar á Basilea el camino atraviesa un rincón del bosque; jarales profundos, pinos, abetos, alerces; á cada instante un campo raso, en el que se levanta sola una gran encina como el candelero de siete brazos; despues barrancos, donde se oyen murmurar torrentes. Es el Bosque Negro.

Ya te hablaré detalladamente de Basilea en mi próxima carta. Me he alojado en la *Cigüena*, y desde la ventana del cuarto en donde te escribo veo en una plazoleta dos bonitas fuentes, una al lado de la otra, la una del siglo quince y la otra del diez y seis. La más grande, la del siglo quince, se desborda en un pilón de piedra lleno de una hermosa agua verde, ondulada, que los rayos del sol, al quebrarse en ella, parecen llenar de una infinidad de anguilas de oro.

Es una cosa muy notable esta profusion de fuentes. En Freiburg conté ocho; en Basilea las hay en todos los rincones de calle. Abundan en Lucerna, en Zurich, en Berna, en Soleure. Esto es propio de las montañas. Las montañas engendran los torrentes, los torrentes engendran los arroyos, los arroyos producen las fuentes; de donde se sigue que todas estas preciosas fuentes góticas de las ciudades suizas deben ser clasificadas entre las flores de los Alpes.

He visto muy buenas cosas en la catedral, y las he visto curiosas, entre otras la tumba de Erasmo. Es una sencilla lápida de mármol color de café, colocada de pié, con un epitafio muy largo en latín. Encima del epitafio hay una figura que se parece, hasta cierto punto, al retrato de Erasmo hecho por Holbein, debajo de la cual está escrita esta palabra misteriosa: *Terminus*.

Está tambien el sarcófago de la emperatriz Ana, mujer de Rodolfo de Hapsburgo, con su niño dormido junto á ella, y en un brazo del crucero hay otra tumba del siglo catorce, sobre la cual está tendida una sombría marquesa de piedra, la señora de Hochburg.

Pero no quiero anticipar noticias; ya te hablaré de Basilea en mi próxima carta.

Mañana á las cinco de la madrugada salgo para Zurich, donde acaba de estallar un movimiento insignificante que aquí se le dá el nombre de revolucion. Que haya una tempestad en el lago y el espectáculo será completo.

## CARTA XXXIII.

### Basilea.

La pluma y el cortaplumas, elegía.—Frick.—Basilea.—La catedral.—Indignación del viajero.—El revoque.—Los chapiteles.—La fachada.—Los dos únicos santos que tienen caballos.—El frontispicio de la izquierda.—El rosetón.—El frontispicio de la derecha.—El claustro.—Amargo disgusto en el claustro de Saint-Wandrille.—Lujos de las tumbas.—Interior de la iglesia.—Las sillas de coro.—El púlpito.—La cripta.—Miedo que se tiene allí.—Los archivos.—En lo alto de los campanarios.—Basilea á vista de pájaro.—Paseo de la ciudad.—Lo que tiene de particular la arquitectura local.—La casa de los armeros.—La Casa del Ayuntamiento.—Munacio Planco.—El autor vuelve á encontrar con placer la sota de bastos en la puerta de una posada.—La arqueología estaria perdida si los sirvientes no viniesen en socorro de los anticuarios.—La Biblioteca.—Holbein por todas partes.—La mesa de la Dieta.—Cuidados admirables y ejemplares de los bibliotecarios de Basilea por un cuadro de Rubens.—Observacion importante y última sobre la Biblioteca.—Fin de la elegía la pluma y el cortaplumas.

Frick 8 Setiembre.

Querido amigo: Tengo una pluma detestable y estoy esperando que me traigan un cortaplumas para cortarla. Esto no impide que te escriba, como ves. El lugar donde me encuentro se llama Frick, y no ofrece de notable más que un regular paisaje y un excelente almuerzo, que acabo de devorar, pues tenia mucha hambre.—Ah! me acaban de traer un cortaplumas y tinta. Habia comen-

zando esta carta con mi botella por tintero. Ahora que tengo buena tinta voy á hablarte de Basilea, como te habia prometido.

A primera vista la catedral de Basilea choca é indigna. En primer lugar, no tiene un solo vidrio; en segundo término, está revocado de un rojo basto, no solo el interior, lo cual es de cajón, sino tambien el exterior, lo que es impasable; y lo está desde el pavimento de la plaza hasta la punta de los campanarios; de tal manera que las dos agujas, tan bonitamente hechas por el arquitecto del siglo quince, ofrecen ahora el aspecto de dos zanahorias esculpidas en hueco. Sin embargo, pasado el primer arrebató de cólera, se mira la iglesia y gusta, pues conserva hermosos restos. El techo, de tejas de color, tiene su originalidad y su gracia—la armadura interior ofrece poco interés.—Los chapiteles, flanqueados de escaleras-linternas, son preciosos. En la fachada principal hay cuatro curiosas estatuas de mujeres; dos santos que sueñan y que leen; dos locas apenas vestidas, las que aparecen mostrando sus bellos hombros de suizas sólidas y gruesas, burlándose é injuriándose y lanzando grandes carcajadas á los dos lados de la fachada gótica. Esta manera de representar al diablo es nueva y espiritual. Dos santos ecuestres, San Jorge y San Martin, montados á caballo y de mayores dimensiones que el tamaño natural, completan el adorno de la fachada. San Martin parte con un pobre la mitad de su capa, que sin duda seria una mala manta de lana, y que ahora, transfigurada por la limosna, es de mármol, de granito, de jaspe, de pórfido, de terciopelo, de raso, de púrpura, de paño de plata, debrocado de oro, bordada con diamantes y con perlas, cincelada por Benvenuto, esculpida por Juan Goujon, pintada por Rafael. San Jorge, en cuya cabeza dos ángeles ponen un casco germánico, clava su lanza en la boca del dragon, que se retuerce en un plinto cubierto de vegetales escabrosos.

La fachada de la izquierda es un hermoso poema romano. Bajo la arquivolta los cuatro Evangelistas; á derecha é izquierda todas las obras de caridad figuradas en pequeñas sillas de coro superpuestas, orladas con dos pilares y coronadas de un arquitrabe. Este forma dos especies de pilastras, en la cúspide de las cuales un ángel glorificador toca la trompeta. El poema termina con una oda.

Un rosetón bizantino completa esta

fachada, la que, iluminada por un bello sol, ofrece un cuadro encantador con una orla soberbia.

La fachada de la derecha es menos curiosa, pero comunica con un precioso claustro del siglo quince, empedrado, artesonado y adornado el cielo raso con lápidas sepulcrales, y que tiene alguna analogía con el admirable claustro de Saint-Wandrille, tan estúpidamente destruido por no sé qué manufacturero inepto. Las tumbas cuelgan y se abren por todas partes bajo las ojivas de cruceros resplandecientes; son planchas labradas, éstas en piedras, las otras en mármol, algunas en cobre, que van desmoronándose, pues el musgo come el granito y el óxido come el bronce. Por lo demás, aquello es una confusión de todos los estilos desde hace quinientos años, que deja ver el desmoronamiento de la arquitectura. Todas las formas muertas de ese gran arte están allí revueltas, chocándose por los ángulos, demolidas las unas por las otras, como amortajadas en esas tumbas; la ojiva y el arco de medio punto, el arco rebajado de Carlos V y el frontón sesgado de Carlos III, la columna torneada de Luis XIII y la estriada de Luis XV. Todos estos sucesivos caprichos del pensamiento humano, pegados á la pared como cuadros en un salón, encerraban epitafios. Una idea única existe en el centro de esas creaciones deslumbradoras del arte: la muerte. La vegetación variada y viva de la arquitectura florece alrededor de esta idea.

En el centro del claustro hay un patinillo cuadrado lleno de esa bella yerba espesa que se arroja á los muertos.

En el interior de la iglesia, además de las tumbas, de que ya te he hablado en mi última carta, he encontrado sillas de coro, trabajo de carpintería de los siglos quince y diez y seis. Estos trabajos de madera cincelada son para mí libros de entretenida lectura; cada silla es un capítulo. El gran entablado de Amiens es la Iliada de estas epopeyas.

El púlpito, que es del siglo quince, sale del pavimento como un gran tulipán de piedra, entrelazado en una red de intricables molduras. A esta hermosa flor le han puesto una cofia absurda, como en Freiburg. En general, el calvinismo, sin mala intención, ha maltratado esta pobre iglesia; la ha revocado, ha blanqueado las paredes, ha cubierto con una balaustrada adornada de flecos el bello

orden romano de las altas galerías de la nave, y despues ha esparcido por debajo de esa hermosa bóveda católica yo no sé qué atmósfera puritana que disgusta. La vieja catedral del príncipe-obispo de Basilea, que ostentaba el escudo blanco con báculo negro, no es más que una sala protestante.

Sin embargo, el metodismo ha respetado los capiteles romanos del coro, que son de los más misteriosos y de los más notables, y ha respetado la cripta colocada debajo del altar, en la que hay pilares del siglo doce y pinturas del siglo trece. Algunos mónstruos romanos de una deformidad quimérica, arrancados de no sé qué iglesia antigua desaparecida, yacen allí, en el sombrío pavimento de esta cripta, como dogos dormidos. Son tan espantosos, que se anda cerca de ellos en la sombra con cierto miedo temiendo despertarlos.

La vieja que me acompaña me ha ofrecido enseñarme los archivos de la catedral, y he aceptado el ofrecimiento. Hé aquí lo que son los archivos; un inmenso cofre de madera esculpida del siglo quince, magnífico, pero vacío.—Cuando se entra en la sala del archivo se oye un bostezo feroz; es el gran cofre que se abre.—Prosigo. Un vasto armario de la misma época con mil cajones. He abierto algunos y estaban vacíos. En uno ó dos he encontrado estampitas con las vistas de Zurich, Berna ó el monte Rigi; en el cajón más grande hay un grabado que representa á algunos hombres agachados alrededor del fuego; por debajo de esta estampa, que es de gusto enteramente suizo, he leído esta inscripción: *Vivac de los bohemios*. Añade á esto algunas bombas viejas de hierro colocadas en el antepecho de una ventana, un monton de armas, dos chuzos de aldeano suizo, que quizás machacaron á Carlos el Temerario con sus cuatro hileras de clavos colocados en forma de mandíbula de tiburón; medianas reproducciones en cera de la *Danza macabra* de Juan Klauber, destruida en 1805 con el cementerio de los Dominicos; una mesa cargada de fósiles del Bosque Negro; dos ladrillos-porcelanas bastante curiosos del siglo diez y seis; un almanaque de Lieja para 1837, y tendrás los archivos de la catedral de Basilea. Se llega á éstos archivos por una bonita verja negra, espesa, retorcida y sábiamente enredada, que tiene cuatrocientos años. Pájaros y mónstruos están encaramados aquí y allí en este sombrío follaje de hierro.

La vista que se abarca desde lo alto de los campanarios es admirable. Yo tenia debajo, á una profundidad de trescientos cincuenta piés, el Rhin ancho y verde; alrededor de mí la gran Basilea, y delante de mí la pequeña Basilea, porque el Rhin ha dividido la ciudad en dos pedazos; y como en todas las ciudades que corta un rio, un lado se ha desarrollado á espensas del otro. En Paris es la ribera derecha; en Basilea es la ribera izquierda. Las dos Basileas se comunican por un largo puente de madera, frecuentemente maltratado por el Rhin, que no tiene pilas de piedra más que á un lado, y en su centro se recorta una linda torrecilla-mirador del siglo quince. Las dos ciudades forman á los dos lados del Rhin un bordado maravilloso de aleros, fachadas góticas, tejados con veletas, torrecillas y torres. Este ribete de antiguas casas se reproduce en el Rhin, pero apareciendo invertidos los términos de los edificios. El puente reflejado adquiere el aspecto extraño de una gran escalera tumbada entre las dos orillas. Ramilletes de árboles y un sin fin de jardines suspendidos á las entradas de las casas se mezclan á los zig-zags de todas estas viejas arquitecturas. Las cúpulas de las iglesias, las torres de los circuitos fortificados forman grandes nudos sombríos, á los cuales se juntan de vez en cuando las líneas caprichosas que van desordenadamente de los campanarios á los tejados y de los tejados á las boardillas. Todo esto rie, canta, habla, charla, salta, pende, fluye, marcha, danza, brilla en el centro de un alto cerco de montañas, que solo se abre en el horizonte para dejar pasar el Rhin.

Volví á bajar á la ciudad, que abunda en caprichos deliciosos, en puertas bien concebidas, en herrajes extravagantes y en construcciones curiosas de todas las épocas. Hay entre otras una gran casa que sirve hoy de cubertizo á una administracion de diligencias, y que tiene en todos los huecos, postigos, puertas y ventanas nudos gordianos de molduras, con frecuencia desmochadas por el arquitecto, y que son de las más extrañas del mundo. No he encontrado nada igual en ninguna parte. La piedra está allí torcida y trabajada como si fuese mimbre. Tú podrás ver asas de cesto en Normandía, pero para ver el cesto entero es preciso venir á Basilea. Cerca de esa administracion visité la antigua casa de los armeros, bello edificio del siglo diez y seis, con pinturas al aire libre en la fa-

chada, en las cuales Venus y la Virgen están muy hábilmente mezcladas.

La Casa de la Ciudad es de la misma época. La fachada tiene en su remate un hombre de armas empenachado que lleva el escudo de la ciudad, y seria bonita si no estuviese revocada—siempre de rojo! —pero además está adornada de horribles personajes pintados, apoyados de codos en un balcon figurado que pertenece al estilo gótico de 1810. El patio interior ha sufrido las mismas picaduras de colores. La gran escalera toca por los dos extremos con dos estatuas; una, que está abajo, es un magnífico guerrero del Renacimiento, que tiene la pretension de representar al cónsul romano Munacio Planco; la otra, que está arriba, en el rincón de la imposta de una puerta rebajada, es un municipal que lleva una carta en la mano; está pintado, vestido por mitad de negro y de blanco, que es el blason de la ciudad, y la carta, perfectamente cerrada, tiene un sello encarnado. Este municipal gótico ha sobrenadado por encima de todas las revoluciones de Europa. Lo encontré aquella misma mañana cerca del hotel de los *Tres-Reyes*, yendo por la ciudad bien portado y lleno de salud, precedido de su hombre de armas empuñando una espada, lo que hacia desternillar de risa á algunos almacenistas que leían *El Constitucional* á la puerta de un cafetin.

Una fresca criada salió de pronto de la puerta rebajada, la que me dirigió algunas palabras en aleman, y como no la comprendia la seguí, en lo cual hice bien. La buena muchacha me introdujo en una habitacion que tenia una escalera de caracol de las más elegantes, y despues en una sala toda de encina bruñida, con preciosos vidrios en las ventanas y una soberbia puerta del Renacimiento en el sitio donde ordinariamente ponemos nosotros la chimenea; aquí, lo mismo que en Alsacia y en Alemania, no hay chimeneas, hay estufas.

Viendo todas estas maravillas, le dí á la graciosa jóven una moneda de plata que la hizo sonreír.

En la escalera de esta Casa de la Ciudad hay un curioso fresco del *Juicio final*, que es del siglo diez y seis.

No hubiese salido de Basilea sin visitar la Biblioteca. Sabia que Basilea era para los Holbein lo que Francfort es para los Alberto Durero. En efecto, la Biblioteca es un nido, un monton, una obstruccion; por cualquier parte que uno se vuelva, todo es Holbein. Allí está Lu-

tero, allí está Erasmo, allí está Melanchthon, allí está Catalina de Bora, allí está el mismo Holbein, allí está la mujer de Holbein, hermosa mujer de unos cuarenta años, todavía preciosa, que ha llorado y que sueña entre sus dos niños pensativos, que te mira como una mujer que ha sufrido y que, sin embargo, te dan ganas de besar su hermoso cuello. Tambien está Tomás Moro con toda su familia, con su padre y sus hijos, y con su mono, porque el grave canceller tenia cariño á los monos. Y despues hay dos *Pasiones*, una pintada y otra dibujada á pluma; dos *Cristos muertos*, admirables cadáveres que hacen estremecer. Todo esto es de Holbein; todo esto es divino por su realidad, su poesia y su invencion. Siempre me ha inspirado afecto Holbein; encuentro en su pintura las dos cosas que me encantan, la tristeza y la dulzura.

Además de los cuadros, la Biblioteca tiene muebles, muchos bronceos romanos encontrados en Augst, un cofre chino, un portier-tapiz de Venecia, un prodigioso armario del siglo diez y seis—por el que ya se ha ofrecido doce mil francos, me decia mi guia,—y por último, la mesa de la Dieta de los trece cantones. Es una magnífica mesa del siglo diez y seis, llevada por víboras enroscadas, leones y sátiros, que sostienen el blason de Basilea, que tiene cinceladas las armas de los cantones y está incrustada de estaño, nácar y marfil; mesa alrededor de la cual meditaban los poderosos *avoyers* y *landammans* sobre los emperadores; mesa que hacia leer á esos gobernantes esta solemne inscripción: *Supra naturam prasto est Deus*. Con todo, se encuentra dicha mesa en mal estado. La Biblioteca de Basilea está bastante mal conservada; los objetos están colocados como escamas de ostras. Sobre un baul ví un cuadrito de Rubens que estaba apoyado en una pila de librotos, y que debió caer ya muchas veces, porque el cuadro está muy roto. Ya ves que hay un poco de todo en esta Biblioteca, cuadros, muebles, telas raras y hasta algunos libros.

Amigo mio, suspendo aquí esta carta llena de garabatos, como lo puedes ver, escrita en no sé qué papyrus egipcio más poroso y más sediento que una esponja. Aquí tienes un suplicio que yo cito entre aquellos que no deseo á mis peores enemigos: escribir con una pluma que escupe en un papel que bebe.